

**PREGÓN
SEMANA SANTA DE PALENCIA
2006**

ANTONIO MARÍN VALBUENA
Cofrade de la Vera Cruz y periodista

Gracias, Palencia. Gracias por recibirme como hijo tuyo que soy de esta tierra que me vio nacer. Gracias, Semana Santa Palentina, por recordarme hace ahora siete años mi noble procedencia castellana y palentina y por otorgarme hoy el honor de pregonarte en este marco histórico. ¿Sabes, Palencia? Nunca te olvidé, nunca renuncié a ti desde que a los seis años tuve que dejarte por la necesidad paterna de sacar adelante una familia numerosa. Pero necesitaba la oportunidad de la excusa para volver a sentirte más cerca. Y me la dieron tus cofrades, tus pasos emblemáticos, tu procesionar austero, noble y sentido; tu música cadenciosa y excelsa, tu tararúuuu ahogando la muda oscuridad; el caminar majestuoso de los braceros ajustando el hombro al paso mientras cruje la madera que porta al Nazareno.

He vuelto, Palencia y no sabes cuanto te agradezco el cariño que tus hijos palentinos me han dado en mi regreso. Espero estar a la altura que te mereces. No soy poeta para ensalzar con mis versos tu grandeza, sólo un contador de cosas que dejará que el corazón guíe a la mente para que sus palabras se viertan pausadamente y con voz clara, para sentirte y admirarte, para cantarles a los que no te conocen que aquí hay humildad, orgullo y nobleza.

Ilmo. Sr. Vicario General y Administrador diocesano
 Exmo. Sr. Alcalde
 Exmas. e Ilmas. Autoridades
 Sr. Presidente de la Hermandad de Cofradías Penitenciales y de la Junta Pro Semana Santa
 Sras. y Sres.
 Palentinos, Cofrades y Amigos todos.

Permítaseme empezar citando a San Pablo en su primera epístola a los corintios. Decía el apóstol, y lo hago mío en este momento:

”Me presenté a vosotros en debilidad, temor y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (...) ¡Ay de mí si no evangelizara! Si de mi voluntad lo hiciera, tendría recompensa; pero si lo hago por fuerza, es como si ejerciera una administración que me ha sido confiada. ¿En qué está, pues, mi mérito? En que al evangelizar lo hago gratuitamente. (...) En que, siendo del todo libre, me hago siervo de todos para ganarlos a todos.” (1 Corintios, capítulo 2 y 9)

Por mi profesión he tenido que hablar ante cientos de miles de oyentes pero nunca como hoy he sentido el imponente respeto por la audiencia y el micrófono. Hablo a mi gente y eso es más serio e importante; y a los míos les pido que sepan perdonar mis carencias con el cariño que aquí se sabe dar.

Todo empezó para este cofrade en aquellos años de infancia ingenua e inocente, ávidos de ilusiones, de juegos y travesuras. El futuro parecía lejano y el presente era Palencia, sus calles, sus aceras... Y las acerolas, las chufas y todas las chucherías posibles de la Perea, saboreadas entre juegos detrás del ayuntamiento, en donde alguien se llevó un buen susto municipal por atreverse a la osadía infantil con un alcalde. No es el caso. No había videojuegos, y apenas tele algún que otro domingo en casa de la abuela. Éramos los reyes de la calle porque entonces la calle nos cedía el trono lúdico a tantos niños palentinos.

Llegábamos a la primavera pensando en tararús y en procesiones. El Domingo de Ramos nos abría el apetito procesional entre ramos y palmas. ¡Que viene la borriquilla!, gritábamos. Y venía y se marchaba y nos dejaba huérfanos de cofrades hasta el miércoles Santo con el Vía Crucis del Cristo de la Misericordia. Por entonces era una media Semana Santa, como nosotros éramos medio niños, si llegábamos a ese tratamiento, o, mejor dicho, medio chiguitos.

Para abrir boca y saciar nuestra hambre de procesión y tararús, algunos zapateábamos calle abajo desde la Compañía hasta el río al ritmo con el que entonces abría las procesiones la banda de la Cruz Roja: perfectamente alineados en filas de a tres; al paso, izquierda y derecha sonoras de suelas desgastadas, al toque agudo de las cornetas imaginarias que brotaba de nuestros labios hinchados de un aire sano, y el redoble gutural del tambor de nuestras gargantas. Realmente realizábamos la mejor de las procesiones, la de nuestra imaginación de niños cofrades. El tráfico rodado de aquel tiempo permitía esos lujos y hasta el doblar la esquina como lo hacían los de la Cruz Roja, ¡qué cruces aquellos! Después de comer ya montábamos guardia en el mirador de casa, frente al Banco de España. Empezaban las idas de los cofrades hacia su sede: túnicas, capas y capirotos sobre el brazo. Y nosotros: ¡allá va uno del Cristo de la Misericordia, allá uno de la Vera Cruz...! y se extendía en un etcétera acorde a los colores que se dejaban entrever bajo los brazos.

Empezaban las emociones fuertes. Se oían a lo lejos los tambores de la procesión. Entonces sólo escuchábamos a la Cruz Roja abriendo y, más atrás, a los de la Fábrica de Armas. Y siempre, a nuestra querida Banda Municipal cerrando con el alcalde y el Obispo. ¡Cuánto tiene que agradecer esta ciudad a esa banda!

El primer contacto con la magia procesional era ese mirador frente a la Compañía. Desde arriba se contemplaba el esplendor de los pasos, el color de los hábitos, la luz eléctrica que empezaba a imponerse en las carrozas y la de la cera que empezaba desgraciadamente a perderse. Luego echábamos a correr escaleras abajo, -por el arambol por supuesto-, para seguir la procesión por donde quiera que fuese. A veces tomábamos posiciones en la acera para paladear despacio aquella vista: los cristos nos sobrecogían, las vírgenes nos apenaban, y Longinos, ese Longinos clavando su lanza en el Santo costado nos enrabietaba. Y junto a la emoción la diversión, que para eso éramos niños: miradas fijas a los zapatos de los cofrades y a sus ojos tratando de conocer a alguien y buscando siempre al barbero Valentín que salía con los Nazarenos. Era nuestro amigo tararú y contaríamos al llegar a casa que Valentín nos había saludado. A veces, también, la complicidad en la travesura -perdona Abilio- con las largas colas de las túnicas de los de la Soledad. A la mañana siguiente volvíamos a la calle a recrear lo visto la tarde-noche anterior y nos arrogábamos la representación de tal o cual cofradía. Y la magia de las noches sonoras y misteriosas hacía que saltáramos de la cama al mirador para ver entre sombras la liturgia cofrade de la llamada de hermanos ante las puertas de las casas o en el portalón de la Compañía. Qué misterio, qué silencio, que profundas sensaciones del tararú se marcaban en nuestras pequeñas mentes.

Y así, día a día, procesión tras procesión, año tras año. Con la emigración a Madrid todavía vinieron algunos años de la necesaria presencia en Palencia durante la Semana de Pasión. Y después lustros de lejanía palentina en la locura de la gran ciudad. Más tarde, una circunstancia familiar propiciaba, hace ahora siete años, que el que aquí les habla trajera a sus seres queridos -no palentinos de nacimiento, pero que ya lo son de corazón- a esta capital en plena Semana Santa. Quería enseñarles la ciudad, sus gentes y, sobre todo, sus procesiones. Pero, la verdad lo hacía con temor. Temor a que los recuerdos infantiles, que todo lo agrandan, hubieran mitificado y engrandecido sobremanera lo que para mí eran unas maravillosas procesiones. Ese temor se desvaneció

enseguida cuando una profunda emoción por lo que veían mis ojos y los de los míos trajo a continuación una feliz conclusión: SON MEJOR QUE MIS RECUERDOS. Veía muchos cofrades, pasos nuevos, muchas bandas, y ahí seguía el sonido del tararú dándole su propia personalidad a la Semana Santa Palentina.

El estar varios días en contacto con las gentes de mi querida tierra fue algo que marcó mi vida desde entonces. Fue tanta la alegría al regresar a Madrid que al día siguiente enviaba una carta a la Hermandad de Cofradías agradeciendo lo visto y felicitando por lo logrado. Como respuesta recibí un cariñoso ofrecimiento para que me implicara en la Semana Santa de Palencia formando parte de una de sus cofradías. Poco tiempo después llegaba otra misiva en el mismo sentido, pero era tarde. En este caso había sido Cayo de Juan y la Vera Cruz quienes se habían adelantado a la cordial invitación de Ramón Polanco y los Nazarenos. Agradecí el detalle y el cariño a ambos y me comprometí con el primero. Igual fue la casualidad y la tardanza de Correos, querido Ramón.

Y ahora a disfrutar desde dentro de esta gran Semana Santa, arrimando el hombro a un pesado paso, ayudando como puedo en negro sobre blanco y en la red de redes a engrandecer como se merece a esta tierra tan querida. Comprenderán ahora mi agradecimiento del comienzo de este pregonar; si debo mucho, deberé corresponder con todo lo que esté a mi alcance y eso intento hacer ante la amabilidad de los que ahora me escuchan.

Estamos en un lugar sagrado para hablar de algo sagrado, aunque en la calle pueda confundirse en ocasiones con el mero folclorismo teatral de una puesta en escena, que no es malo en cuanto manifestación cultural de una tradición, de una catequesis en la calle, para recordar la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Permíteme Señor recorrer el camino de tu Sagrada Pasión al paso de mis hermanos cofrades por las calles de esta ciudad.

El camino de la Cruz comienza en Palencia en la tarde del **Sábado de Dolores**. Capas y túnicas planchadas, olor a naftalina y muchos y buenos deseos de lo que queda por delante. Nuestra Madre la Virgen de la Piedad hace su primer recorrido por los barrios. Y acompañamos todos a los pardos hábitos franciscanos. Es el primer aldabonazo para recordar su amargura de días después, de la

piEDAD para con los hombres tras la ejecución de su Hijo; el primer recordatorio de aquel día en que Él la hizo Madre Nuestra. “¡Ahí tienes a tu madre!”. Nos da a su Madre en un acto de reconciliación perfecta.

Amanece el domingo en Jerusalén y en Palencia. Todo está preparado para el gran recibimiento. Niños y mayores preparan sus ramos de olivo y palmas para vitorear al Rey de reyes. “¡Hosanna al Hijo de David!” que viene en el humilde trono de una humilde borriquilla. Túnicas blancas le rodean y con ellas las de todos los colores en gozosa hermandad. La Catedral de San Antolín recibe con sus sonoras campanas al Mesías. Es un día grande para todos aunque poco después la frágil memoria humana lo olvidé y grite airada el ¡crucifícale, crucifícale!

Palencia recibe al Señor, que viene en lomos de la Borriquilla, y agita sus ramos al recogerse en la Cofradía del Santo Sepulcro.

Llega la tarde y miramos al horizonte. El cerro del Otero nos recuerda al Monte Santo del Calvario. La Vera Cruz sube al Cristo y a su Madre hasta lo más alto en un Rosario del dolor que está por venir. Se desgranán los misterios con sus avemarías. Las caras descubiertas de la mañana se ocultan con los capillos de la penitencia discreta y escondida. El negro luto del hábito contrasta con el verde esperanza de las capas que atisban la feliz Resurrección. La subida se hace dura y recordamos el Via Crucis al Calvario, la marcha penosa por las calles resbaladizas y estrechas de Jerusalén. Las letanías piropean alabanzas a Nuestra Señora, inmersa en un inmenso dolor. Cae la noche y las antorchas abren paso lumínico al cortejo que baja del Otero. El Cristo hierático despide al Cristo clavado que vuelve a Palencia.

El lunes nos trae el recuerdo llagado del Señor. La Plaza Mayor es testigo de nuevos cofrades, de hábitos y significados; la de San Francisco presencia la salida del Cristo de Alejo de Vahía a la calle. Los Luises y Koskas que decíamos entonces, fundidos en esparto franciscano y azul inmaculado portan al Señor. Acompañamos a la Cofradía de Jesús Crucificado y Nuestra Madre Dolorosa. Una calle, una plaza y otras más, y con ellas cinco llagas que desgarran el inmaculado manto azul de Nuestra Madre. Brota la sangre redentora en un manantial de vida eterna. A la llaga del pie izquierdo, a la llaga del pie derecho, y las manos y el costado y todavía me conmuevo con la petición al Altísimo del Hermano

Mayor: te pide por todos pero en ese costado mete muy dentro a todos los seglares que se afanan en servirte en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano. Ahí estamos los cofrades, si somos todo el año coherentes con nuestra fe.

El martes la Santa Iglesia Catedral y su Plaza de la Inmaculada se convierten en testigos mudos de nuestra cobardía. El olvido de los vítores del domingo se convierte en nocturnidad culpable de nuestros pecados cuando nos disponemos a entregarte, Señor, al sacrificio. No fuimos capaces de permanecer despiertos a tu lado en oración y nos dormimos con Pedro. No compartimos tu agonía cuando le pediste al Padre que te hiciera pasar ese cáliz, para a continuación hacer un firme acto de voluntad. “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Todo está preparado para la consumación. Las puertas de la Catedral mantienen encerrado al Cristo de Medinaceli que espera la traición de Judas y el prendimiento; afuera entre sorpresa y remordimiento de conciencias esperamos la llegada de quien ha de entregarte. Toque de tararú y golpes de vara en los portones que se abren. Jesús habla: “¿Cómo a un ladrón venís a buscarme?” Somos cobardes y le seguimos de lejos pero despiertos y orando. Juan corre a decirle a María, su Madre y nuestra, que el prendimiento ya es un hecho. Malva y morado se hermanan en multicolor hermandad.

El miércoles era hace unos años el comienzo palentino de la Semana de Pasión. Atrás quedaba el recuerdo de los ramos cuando nos adentrábamos directamente en el camino de la cruz. El rojo de la sangre por derramar se plasma en las túnicas cofrades. Por delante, catorce estaciones, catorce recuerdos del tormento sufrido por Nuestro Señor Jesucristo, Él que siendo Dios se hizo hombre para morir en la cruz por todos nosotros: la cobardía de Pilatos en la condena, la flagelación y carga de la pesada cruz y las caídas en el camino; el encuentro con su Santísima Madre, la presencia de Simón de Cirene, el gozo en medio del dolor de la Verónica al ver el rostro de Jesús en su Santo Velo; y el consuelo del Señor a las santas mujeres, el despojo de las vestiduras de Jesús, su crucifixión y muerte, su descendimiento y sepultura. Resuenan las palabras de Jesús en la Plaza Mayor de Palencia: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen... Mujer ahí tienes a tu hijo... ahí tienes a tu Madre” Queremos ser como Dimas y que el Cristo de la

Misericordia nos diga a cada uno: “En verdad te digo, que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”

El miércoles se hace noche para la madrugada silenciosa de un jueves en el que la Quinta Angustia de Santa María y de sus siete cuchillos clavados acompañan en su pasión al Cristo del Perdón. El toque seco y rítmico del timbal agranda la noche palentina en una petición de perdón, recogida por la Misericordia Divina, si es humilde, sincera y arrepentida. Una y otra vez, sonido penitente. Sombras de hábitos blancos sepulcrales marcan el camino.

Ya es jueves y la tarde anuncia la agonía en Getsemaní. La última cena del Señor se convierte en eterna y Sagrada Comunión. El Huerto de los Olivos es lugar de oración pero se durmió Pedro y nosotros, cobardes, también dormimos y no nos damos cuenta del sufrimiento generoso de Jesús por todos y cada uno de nosotros. “Si es posible, aparta de mi este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya”. Su voluntad es la entrega redentora. Y a nosotros nos pesan los pasos y lo que le queda todavía por sufrir. Luego, el sueño se convertirá en lágrimas en Pedro cuando niegue al Salvador. Madre, deja que cimbremos tu palio, que te llamemos guapa para que cuando estés a la vera de la Cruz, en medio de tu inmenso dolor nos alcances el perdón de tu Hijo, que va a reinar en el trono del sacrificio excelso y nos va a dejar nuestra cruz de cada día para que le sigamos.

El jueves camina al viernes acompañando al Nazareno Viejo en su caminar silencioso rodeado de hábitos morados entre un timbal solitario y el gesto sonoro y esforzado de los que le llevan y le levantan una y otra vez. En la Vera Cruz ve a Su Dolorosa Madre y entre la melena morena se filtra una mirada cariñosa de Hijo enamorado y agradecido a su fidelidad. Las campanas de la Catedral rompen ese silencio y el tableteo de alguna cigüeña insomne parece saludar, también, al Hijo de Dios por las calles de Palencia. Caminas a la muerte, Nazareno, y nos duelen tus caídas; te vemos agobiado por el tremendo peso de nuestros pecados que hacen desfallecer a tu Santísima Humanidad.

El sol llega a lo más alto del Viernes Santo y el Señor sigue en la calle. Todos los pasos que recorre hasta la Cruz reflejan amor, sacrificio, entrega. Quisiéramos ser Simón el de Cirene para descargarle a Ti del peso de la afrenta. Ahí están la Verónica con tu

rostro reflejado, y las santas mujeres, y Longinos con su certera lanzada. Cuanto más miro las escenas más me conmuevo, Señor.

Llega la tarde de las tinieblas. El escarnio de la soldadesca se mofa del Hijo de Dios. ¿Tendremos ahora miedo a la burla y al qué dirán, Señor? “Todo está consumado”; “En tus manos encomiendo mi espíritu”. Toda la obra de la Redención Divina se manifiesta en el hecho sublime del sacrificio del Hijo del Hombre. En la Plaza Mayor se concentran todas las escenas de la Pasión y el Santo Entierro en una muestra general del Amor de Cristo por toda la humanidad, en una auténtica catequesis en la calle. El descendimiento pondrá en brazos de la Virgen Santísima el cuerpo atormentado del Señor y entre lágrimas desgarradoras acariciará amorosamente a Su Hijo. Y nosotros, con Juan junto a la cruz caminaremos al Santo Sepulcro compungidos pero esperanzados en la promesa de la resurrección.

El sábado ofrecemos nuestro dolor a la Señora. Es un pésame sentido y filial. Inundamos su manto de negro luto con el olor florido y esperanzado. Luego, acompañaremos a la Madre de Dios en su Soledad. **Sola no estás, María**, que Palencia no deja sola a una madre dolorosa. Te llevamos en el corazón y en todas tus imágenes guapas de Madre Buena que tenemos en esta tierra. A cual más bella, la Virgen de los palentinos.

Y nos queda la esperanza del día por venir. Mientras, recordamos paso a paso con el poeta lo que la Semana de Pasión nos ha dejado:

Y soy yo mismo quien dicto
esa sentencia villana.
De mis propios labios mana
ese negro veredicto.
Yo me declaro convicto.
Yo te negué con Simón.
Te vendí y te hice traición,
con Pilatos y con Judas.
Y aún mis culpas desanudas
y me brindas el perdón.

¿Cuándo en el mundo se ha visto
tal escena de agonía?
Cristo llora por María.

María llora por Cristo.
 ¿Y yo, firme, lo resisto?
 ¿Mi alma ha de quedar ajena?
 Nazareno, Nazarena,
 dadme, siquiera, un poco
 de esa doble pena loca,
 que quiero penar mi pena.

¿Otra vez, Señor, en tierra,
 abrazado a tu estandarte?
 Ese insistente postrarte
 ¿qué oculto sentido encierra?
 Mas ya te entiendo. En la guerra
 por Ti luchando, transido
 caeré en tierra malherido,
 ¿y no he de alzarme ya más?
 Yo sé que Tú me darás
 la mano, si te la pido.

Por fin en la cruz te acuestas.
 Te abren una y otra mano,
 y un pie y otro soberano,
 y a todo, manso, te prestas.
 Luego entre Dimas y Gestas,
 desencajado por crueles
 distensiones de cordeles,
 te clavan crucificado
 y te punzan el costado
 y te refrescan las hieles.

Al pie de la cruz María
 llora con la Magdalena,
 y aquel a quien en la Cena
 sobre todos prefería.
 Ya palmo a palmo se enfría
 el dócil torso entreabierto.
 Ya pende el cadáver yerto
 como de la rama el fruto.
 Cúbrete, cielo, de luto
 porque ya la Vida ha muerto.

(Del Vía Crucis. Gerardo Diego)

Y ante todo esto no puede por menos, Señor, este torpe pregonero que recordar el anónimo atribuido a la Santa de Ávila porque...

¡Tú me mueves, Señor! Muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme en fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

(Del Anónimo atribuido a Santa Teresa)

El domingo los cohetes anuncian la amanecida del gran día. Dicen que el sepulcro está vacío. María Santísima lo sabe por boca de las santas mujeres que la acompañan a su encuentro. El velo de negro luto sigue cubriendo su Santo Rostro, aunque la esperanza y la alegría por la prometida resurrección de su Hijo la hacen esbozar una sonrisa dulce y maternal. La Plaza Mayor da fe del amoroso encuentro y el verde esperanza de las capas reluce especialmente al comprobar el cumplimiento de la promesa; cae el velo al ver a su Hijo Nuestro Señor tal y como se quedará entre nosotros para siempre en Sagrada Forma Eucarística, en permanente recuerdo de su Sagrada Pasión. Lo que se consumó en la Cruz tiene ahora su explicación Divina: es la alegría de la vida eterna que prometió para los que le siguen. Es la fiesta más grande de los cristianos y la alegría de la celebración viene acompañada de un cansancio olvidado y de un año por delante para preparar aún mejor la honra debida a la Semana Santa.

Este repaso rápido al caminar de la Semana Santa por Palencia me lleva ahora a dirigirme a mis hermanos cofrades. Algunos habrán llegado a vestirse los hábitos de sus cofradías por herencia familiar, otros por alguna promesa realizada en el camino de la vida, otros más se habrán sentido atraídos por la puesta en escena en nuestras calles.

No, nos flagelamos como siglos atrás se entendía la penitencia. Nuestro flagelo debe ser el sacrificio diario por ser mejores, por sonreír cuando nos cuesta a los que nos rodean, por saber ofrecer nuestro cansancio en la calle durante la procesión, y nuestro trabajo diario, por vivir la caridad. Ahí debemos estar los cofrades los primeros en ese acto voluntario de cariño, comprensión y ayuda con

los necesitados por amor a ellos, por amor a Dios. Empeñarnos todos en que durante todo el año nuestras cofradías sean lugares vivos y llenos de espíritu cofrade que se contagie a otros y no sólo en este tiempo en que los capillos cubren nuestro rostro y nos escondemos en el anonimato penitencial. Todo el año creciendo para adentro.

Da igual la forma en que hayamos llegado a vestirnos y sentirnos como cofrades, si lo somos en todo su significado, con coherencia y unidad de vida, la de hijos de Dios en la Iglesia Católica a la que pertenecemos las cofradías palentinas. Con palabras de nuestro querido José María Fernández Nieto diré que “los cristianos debíamos llenar las iglesias para inundar las calles con el ejemplo”.

Nunca una cosa sin la otra; nunca convertirnos en meros actores de una representación vacía. Porque si esto que empezaremos a vivir a partir de mañana fuera una mera escenificación teatral acabaría con el tiempo perdiéndose para siempre por falta de pilares profundos en los que debe asentarse nuestra fe. Es cuestión de voluntad, amor y fe. Lo primero y lo segundo se ejercita, lo tercero – si falta- se pide.

Acompaño, ahora, mis palabras con las del Directorio de la Santa Sede sobre Piedad Popular y Liturgia del año 2002. El documento apoya las procesiones pero advierte que éstas han de ir acompañadas por un previo ejercicio de las prácticas piadosas propias de la Semana Santa: los sacramentos, los santos oficios, las visitas a los monumentos del santísimo y los actos de piedad personales. Es el saber armonizar las celebraciones litúrgicas y los ejercicios de piedad sin caer en el peligro de que se queden en un mero espectáculo o desfile puramente folklórico.

Lo importante de nuestra Semana Santa y de las de cualquier parte de España debe estar bajo el capillo de cada cofrade, en lo más profundo del alma de cada uno, con la Virgen Nuestra Madre en cualquiera de sus advocaciones que, junto a la Cruz nos enseña a ser fieles al amor de Dios, coherentes, sacrificados, en un mundo donde quiere imponerse el placer y el mínimo esfuerzo. Todos a la calle después de los Oficios y el cumplimiento sacramental a hacer catequesis de la Pasión del Señor. Ese es el auténtico interés de esta celebración, muy por encima del carácter turístico relevante de la misma.

Y llego aquí a lo que algunos esperan escuchar en esta apertura de la Semana Santa de Palencia: la designación reciente de nuestra Semana de Pasión como de INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL. Agradecer, en primer lugar, el esfuerzo de todos aquellos que han dedicado su esfuerzo y su trabajo para lograr esta concesión. Bienvenido sea ese título y todo aquello que ayude a esta tierra nuestra, tantas veces maltratada y olvidada. Pero si antes decía que lo importante debe estar en lo escondido, eso no está en oposición con el guardar las formas, con el saber aportar la dignidad que el acontecimiento requiere en sí mismo y con la obligación que ese nuevo título conlleva. Ahora nos toca estar a la altura para que los que vengan atraídos por ese calificativo no se vayan defraudados. Quiere esto decir que debemos ser exigentes con la estética de nuestras procesiones, de nuestros pasos y de nuestros cofrades, bien uniformados en sus hábitos, calzado y enseres: con nuestra sencillez y austeridad características pero siempre con la dignidad debida. Exigentes, también, en engrandecer la Semana Santa de Palencia EN PALENCIA, como la de Valladolid se engrandece en Valladolid, la de Sevilla en Sevilla o la de Cuenca en Cuenca; apoyándonos unos a otros y, sobre todo, las cofradías más grandes ayudando a las más pequeñas a enriquecer la puesta en la calle de sus desfiles procesionales. Queridos hermanos cofrades y palentinos en general tenemos la responsabilidad y la obligación de mantener el legado multisecular que hemos recibido, máxime cuando algunas de nuestras penitenciales son seguramente de las más antiguas de España. La responsabilidad es muy grande.

Pero he de volver a lo anterior y recordar con palabras del Delegado Episcopal ante la Hermandad de Cofradías en el programa de actos de nuestra Semana Santa: que “ya reconocida su categoría turística, también pueda ser reconocida su categoría ante Dios. Esto será una realidad gratificante si, cada cofrade y cuantos tomamos parte en la Semana Santa intentamos vivir nuestra condición de hijos de Dios, redimidos y perdonados de nuestros pecados por Jesucristo paciente, muerto y resucitado.”

“Irrepetible” se dice en la promoción oficial. Irrepetible -digo yo- es y debe ser siempre la Semana Santa, por eso hay que aprovecharla en toda su extensión.

Me preguntan muchas veces esos grandes seguidores del ambiente cofrade, a los que en Andalucía se conoce como “capillitas”, qué es lo que caracteriza a la Semana Santa Palentina. Ellos que han oído

hablar de la sobriedad castellana me piden que les precise algo más y siempre les digo lo mismo: aquí podemos salir todos los días, aunque no sea nuestra cofradía la organizadora de la procesión, porque salimos en Hermandad de Cofradías. Inmediatamente, claro, les hablo del tararú. ¿El tararú? -me preguntan-. Y les digo: mirad, vosotros paseáis enormes trompetas ricas en orfebrería que son mudas de nacimiento, pues aquí la riqueza está en su sonido largo y sereno en medio de las calles y en los pulmones de quienes lanzan al aire palentino esa llamada de atención a la marcha, ese toque de silencio...

-----TOQUE DE TARARÚ DE SEVE-----

Ahora **SÍ** podemos decir que la Semana Santa arranca en Palencia. Este toque y no mis palabras dan por pregonada de verdad la Semana Santa palentina. No permitamos que ese sonido tan nuestro se pierda. Que suenen marchas fúnebres o piezas más alegres para mimar a la Virgen; que oigamos a Thalberg, el Mektub, la Madrugá, el Costalero o la Marcha palentina de Nuestra Señora de la Vera Cruz, pero que no dejemos de oír nunca en nuestras calles nuestro querido TARARÚ. Que todas las cofradías se empeñen en mantener y dejar esa herencia a los que vengan luego. Y que todos nos empeñemos en seguir adelante unidos en ese espíritu de HERMANDAD DE COFRADÍAS, en auténtico sentimiento de hermandad y solidaridad, que compitamos en amor a Nuestro Señor Jesucristo que por Amor, con mayúscula, se entregó a su Pasión y Muerte, y en Amor, también con mayúscula, a Su Madre que es Madre Nuestra.

Y a los que me escuchen o lean desde fuera de esta tierra palentina, que sepan que les recibiremos con los brazos abiertos y con el cariño que aquí sabemos dar a quienes vienen a dejarse querer. Somos palentinos y castellanos y sabemos querer como los que más. Aquí tendrán nuestros pasos, nuestras procesiones y seguro que, también, algo de limonada.

Termino, señoras y señores. Espero que el honor, que me ha sido generosamente otorgado de ser pregonero de este tiempo litúrgico en mi tierra, no lleve consigo la obligación que las falleras mayores, -de esa otra tierra también querida por mí por motivos familiares- , tienen cuando acaba la fiesta: la de derramar lágrimas, sentidas o no. Si vienen a mi no se verán porque como castellano y palentino he aprendido a llorar por dentro. Tampoco derramaremos lágrimas si la lluvia desluce o suspende nuestras procesiones, que esa debe ser también nuestra penitencia. Además, la celebración de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo tiene siempre un final feliz con la alegría de la Resurrección, lo que da auténtico sentido a nuestra fe y a nuestra esperanza de cristianos, que tras la muerte viene la vida y una vida eterna. Como en el significado de lo narrado MI FINAL ES EL PRINCIPIO: comencé dando las gracias y acabo dando las gracias. Palencia, este corazón es tuyo. He vuelto y quiero que mi vuelta sea, Dios lo quiera pronto, para quedarme para siempre.

GRACIAS. DE CORAZÓN, MUCHAS GRACIAS.

Antonio Martín Valbuena

Iglesia de San Francisco de Palencia
7 de abril de 2006